

CAPITULO III

**Vuelta à Londres. Mary. Carácter de Alicia.
Prevision de madre.
El dia del ángel San Rafael. Amor filial.
Rosas y diamantes. La cartera.**

I

Un año permaneció Alicia al lado de su madre sin que mister Wilsson fuese una sola vez al castillo en el trascurso de ese tiempo. Tranquilo con las cartas del doctor acerca de la robustez y excelente salud de su hija, y del apartamento absoluto de Rafaela, en que la hacía vivir, nada más necesitaba saber, y se entregaba a su pasion dominante, la de acumular oro.

Sin embargo, el doctor Simpson tenia ganada á la nodriza. Apénas Alicia cumplió un año, avisó el doctor á mister Wilsson la necesidad de desmamar á la niña, y le hizo presente tambien que, estando muy encariñada con mistres Beld y careciendo esta mujer de familia, le parecia conveniente que se quedase al servicio de la pequeña Alicia. Mister Wilsson consintió gustoso

en todo esto, y hubiera consentido del mismo modo en cuanto le hubiera propuesto el doctor, a quien creia haber interesado con *su desgraciada suerte*.

Achaque muy comun es la credulidad en las personas egoistas. Siu saber por qué creen que interesan al mundo entero en su favor, y merced á la astucia y á la lisonja, se les engaña con la mayor facilidad.

Mistres Beld era tambien egoista y avara: pagada bien por su amo, y regalada continuamente por el doctor, tomó su partido, y pareció interesarse mucho por Rafaela, á quien abandonaba enteramente el cuidado de Alicia, mientras ella pasaba el dia en comer, en beber ó en roncar tendida en un sillou de baqueta oscura, que habia echo colocar en su cuarto.

Sin, embargo sentia hácia Rafaela una especie de respeto profundo é involuntario. Y es que las madres tienen un prestigio sagrado, que las envuelve como los pliegues de un aéreo y perfumado mantó, y al cual no resisten ni las organizaciones más groseras y materiales. Aquella mujer, que no era nada devota, se sentia con deseos de rezar, cuando veia á Rafaela arrodillada junto á la cuna de su hija, y recitando en voz baja las oraciones de la noche.

La pobre madre era feliz; pero debia contar con muy poca dicha sobre la tierra; y bien pronto vió desaparecer su tranquilidad.

Un día que se levantó mister Wilsson de mal humor, tomó la pluma y escribió al médico que le enviase á su hija, pues ya contaba quince meses y deseaba tenerla á su lado.

Este golpe aterró á Rafaela, á quien el doctor enseñó la carta calculando que no podía aminorar el daño con ocultarlo.

Conociendo Rafaela que nada adelantaria con llorar, vistió á la niña, y luego se puso ella misma su traje de camino.

—¿Que quereis hacer? le preguntó el doctor.

—Seguir á mi hija, contestó Rafaela resueltamente.

—¿Y para qué? ¿no sabes que tu marido no quiere que viva á tu lado.

—Al ménos no podrá privarme que viva bajo el mismo techo que ella, que oiga su voz y sus risas y su llanto.

—¡Desgraciada! ¿Quieres volver á aquella sombría habitacion de la cual te saqué casi moribunda!

—Sí, quiero volver; todo lo arrostraré para no separarme de mi hija.

En vano mistres Simpson y Enriqueta intentaron disuadirla. Rafaela fué inflexible. Vió partir en el coche del doctor á este con mistres Beld y Alicia, y luego les siguió en la calesa que la señora Catalina y su hija usaban en

sus paseos campestres.

Tan extraño vehículo llamó mucho la atención de los transeuntes no bien entró en Londres: pero la pobre jóven iba demasiado dolorosamente preocupada para reparar en ello.

Detúvose, en fin, el carruage en la puerta de su casa, y notó en ella el mismo sepulcral silencio que desde el día primero que entró bajo sus muros habia notado en su derredor; casi dudó de que su hija estuviese allí.

Poco despues de llegar ella y de haberse mudado de traje, hizo avisar á su marido, quien se presentó un cuarto de hora despues. Miróla con enojo, y le preguntó por que habia venido sin llamarla él.

—El doctor me habia dicho que tu salud allí era inmejorable, añadió, y siento mucho que hayas venido aquí á exponerla de nuevo.

—He venido siguiendo á mi hija, respondió Rafaela con firmeza, porque no quiero renunciar, por mi voluntad, á mis derechos de madre.

Mister Wilsson se encogió de hombros e iba á salir, pero Rafaela le detuvo con una señal imperiosa.

—Quiero saber, dije, á que hora del dia podré ver á mi hija.

—A ninguna; todo lo más que puedo concederte es que la veas una vez á la semana, y eso durante muy poco rato; por ejemplo cada domingo media hora.

—Necesito que me digas la razon de una terminacion tan injusta

—Yo no necesito darla; sin embargo, te diré que, por su propio bien, debes desear que no se te parezca.

—No quiero discutir acerca de tan absurdas opiniones, dijo Rafaela con desden; pero te aseguro que apelaré á las leyes, para saber á punto fijo si tú puedes separarme con tanta barbarie de mi hija.

—¿Como has llegado á dudar de que puedo hacerlo? La madre que es capaz de dar malos ejemplos á su hija, pierde todo derecho sobre ella; además, yo quiero educar á Alicia á mi modo, y como jefe de mi casa y de mi familia, puedo obrar de la manera que más me convenga.

Mister Wilson salió, apenas hubo pronunciado estas palabras. sin que su mujer, abatida, pensase en detenerle.

Un golpesito dado á la puerta vino á sacarla de sus dolorosas reflexiones. Rafaela abrió, y vió entrar á una niña, como de doce años; que traia en sus brazos una pequeña maceta,

Era su enredadera, sin flores á causa de la estacion, pero cuidadosamente arreglada en unas delgadas cañitas.

¿Quien eres niña? preguntó Rafaela á la muchacha, tomando la maceta con una especie de arrepentimiento doloroso, y colocándola en su ventana.

—Soy Mary, señora, respondió ella, creyendo que la señora de la casa no necesitaba para concerta de más explicaciones.

—¡Mary! repitió Rafaela admirada.

—Sí, señora, Mary, la hija del cochero; cuando la señora se marchó enferma, vi desde el patio esta pobre planta olvidada y me la llevé para cuidarla; ¿he hecho mal señora?

—No, hija mia, contestó Rafaela, besandola en la frente; has hecho muy bien, y te lo agradezco mucho.

—Ahora está muy hermosa, dijo Mary, contemplando con orgullo la planta, en tanto que Rafaela buscaba inútilmente en sus bolsillos una moneda que darle.

No hallandola, miró con tristesa en derredor suyo, y sus ojos se fijaron en una caja de dulces, que Enriqueta le habia dado para el camino.

—Toma Mary, dijo presentandole á la muchacha, toma y adios.

Mary hizo una cortesía, y desapareció cantando y llevandose la caja.

III

Cuatro años pasaron sin que hubiese en la vida de Rafaela la variacion más leve, si exseptuamos las visitas dominicales que recibia de Alicia, y la que diariamente le hacia la linda Mary. Sin embargo, la desesperacion no volvió á clavar ya

su ardiente garra en el pecho de aquella desgraciada mujer. Padecía mucho durante toda la semana, mas todo lo soportaba esperando el domingo, y meditando lo que habia de hablar á su querida hija en la media hora que le dejaban verla.

Mary venia todas las tardes á las dos, y le traía alguna fruta ó alguna flor que cogia en los campos cuando hacía buen tiempo. Estas ligeras pruebas de interes eran las únicas que recibia Rafaela, y las pagaba con un beso, única cosa que podia dar á aquella hermosa y compasiva criatura.

—¿No te ocupas en nada Mary? preguntó un día á la niña.

—Sí, señora, respondió ésta; por la mañana, me ocupa mi tia la cocinera en barrer la cocina y en limpiar las legumbres.

—¿Quieres que por la tarde te enseñe yo á leer y á coser?

—¡Oh, sí, señora! Saber leer y coserse los vestidos, debe ser muy agradable!

Rafaela empezó desde el dia siguiente aquella hermosa obra de caridad, y bien pronto tuvo la recompensa. El primer domingo que fué á verla su hija, le puso en la mano un bolsillo con algunas monedas de plata.

—¿Qué es esto, hija mia, preguntó Rafaela, sentando á la niña sobre sus rodillas.

—No sé, mamá, respondió Alicia, balbuceando con toda la gracia de sus cinco años. Papá me

ha dado hoy esto, y como yo no sé para que es bueno, te lo traigo á tí, para que le compres un gorro á la señora.

Alicia, al decir estas palabras, señaló con la punta de su diminuto dedo, á la imágen de la Virgen, cuya cabeza no tenia, en efecto, mas abrigo ni adorno que su rica cabellera.

Rafaela fijó sus ojos en la escultura con una expresion inefable de amor y gratitud.

—Pero, hija mia, dijo abrazando á la niña; si papá sabe que me guardas esto, te reñirá.

—No se lo digas, Jenny, exclamó Alicia volviéndose hácia mistres Beld.

—Bien está miss, contestó ésta; y luègo añadió en voz queda y dirigiéndose á Rafaela, en tanto que la niña, que habia bajado de las rodillas de su madre, saltaba por el cuarto:

—No hay cuidado de que ella diga nada á su padre.

—¿No le ama, pues? preguntó Rafaela

—Casi puedo asegurar que no, señora.

—¿Es extraño! murmuró Rafaela pensativa.

—¡Extraño, señora! ¡Yo no lo encuentro tal! El señor tiené siempre tan mal gesto, que miss Alicia le ha cobrado miedo.

—¿Y á mi me teme tambien?

—¡Al contrario! Todas las tardes á estas horas toma uno de los pliegues de mi falda, y empieza á tirar con todas sus fuerzas, gritándome:

—¡Vamos á ver á mamá! ¡Jenny, llévame á ver

á mamá! Si le doy un dulce, guarda un pedacito, y dice— ¡esto para mamá! — Si la regaño, me amenaza con que se lo *dirá á mamá*, y cada noche, al rezar su Ave María, me dice: luego rezaré otra para mamá: ¿querrás, mi buena Jenny?

Rafaela enjugó sus lágrimas; lágrimas dulcísimas y consoladoras, pues veía cuán bien se grababan todas sus palabras en el corazón de su hija.

En efecto, ella le había dicho un día que rezase por su madre, y la niña obedecía.

—Mamá, dijo de repente Alicia acercándose á su madre: ya doy lección de leer y escribir, y así que lea bien, dice papá que me traerá otro maestro.

—El de italiano, añadió mistress Beld.

Rafaela alzó los ojos al cielo con resignación. Ya empezaba la educación de su hija, aquella educación, que según su padre había dicho muchas veces, debía ser muy complicada, y que había forzosamente de contener á un tiempo mismo los medros de su edad y las expansiones de su corazón. Ya empezaban á educarla á los cinco años, edad en que sólo se vive de juegos y de risas.

Mistress Beld vió en el reloj que ya era hora de retirarse, y se levantó. Rafaela se levantó también, y le dijo á media voz mostrándole el bolsillo que le había dado su hija:

—Este es el primer dinero que veo en mi ma-

no desde hace siete años, y es mi hija quien me lo ha dado; cederé á usted una parte de él, la mayor parte, Jenny, si me promete no decir nada á mi esposo del regalo que me ha hecho mi hija.

—¡Ah señora! exclamó mistress Beld enjugando sus ojos, guarde usted, guarde usted ese dinero, y disponga de todo el que yo tenga: ni por mí, ni por la niña sabrá nada el señor.

—Jenny, continuó Rafaela, yo deseaba tener algunas monedas, no por mí, pues no amo el dinero, ni le necesito para nada, sino para tener algo que dar á mi hija cuando viene á verme; deseo algún dinero para comprar hilo, y tejerle yo sus medicitas, para comprar un poco de batista, y verla adornada con un gorrito bordado por mi mano. . . . ¡Oh, Jenny! Yo he sido tan desgraciada, que no he conocido ninguna de las santas y sencillas alegrías de las madres!

Mistress Beld, conmovida por aquella desgracia tan terrible como oscura y silenciosa, aseguró una y mil veces á Rafaela de su adhesión y salió llevándose á Alicia, que abrazó á su madre, y parecía no poderse separar de ella.

IV

Desde aquel día un nuevo rayo de luz iluminó la existencia de Rafaela. El tiempo se le hacía breve, pues le ocupaba en recibir y contestar las cartas del doctor, en leer y en trabajar pa-

ra Alicia, á la que cada semana hacia un regalo.

Además, cuando llegó la primavera, Jenny llevaba á Alicia á paseo, y Rafaela las citaba en una iglesia cercana. Allí enseñaba á orar á su hija, y oraba por ella con todo el fervor de un corazón tierno y dolorido.

La niña le llevaba mucho dinero: su padre, queriendo hacerla amar, desde su edad más tierna, el vil metal que él estimaba tanto, no lo escaseaba con ella, aunque encargando siempre á mistress Beld que le comprase con él juguetes, dulces, vestidos, y en una palabra, las cosas que más apeteciese. Casi todas aquellas cantidades pasaban á manos de Rafaela, aunque no podría yo asegurar que algunas se quedasen detenidas en las faltriqueras de mistress Beld. Pero, á pesar de todos los esfuerzos de su padre, Alicia manifestaba poquísimo apego al dinero.

Otro defecto se echaba de ver en ella, que hacía mucho sufrir á su buena madre. Era excesivamente vana, y se ruborizaba de pararse en la calle á dar limosna á un pobre; cuando Mary le hablaba en la escalera, y le daba las buenas tardes, no se dignaba ni contestarla, ni mirarla siquiera.

Tenia seis años cuando mistress Beld le dijo un día que sin duda quería tanto á su madre porque era muy buena.

—No, respondió Alicia con viveza, no la quiero por eso.

—Pues, ¿por qué? la interrogó Jenny.

—La quiero porque es bonita y está muy bien vestida.

—¿Y si fuese fea, y vistiese como la tía de Mary?

—Entonces no la querría ni iría á esperarla á la iglesia.

Además del defecto de la vanidad, Alicia iba descubriendo todos los días otros nuevos, y de muy difícil correccion. Era en extremo imperiosa é iracunda, y se entregaba á los accesos de furor por la contradicción más leve. Tercera y desconfiada por naturaleza, como su padre, y nutrida además por las perversas máximas y por el nocivo ejemplo de mister Wilsson, bien pronto fué un pequeño tirano para toda la casa, que temblaba ante una mirada suya y ante el más insignificante de sus caprichos.

Su padre, que, á pesar de su aparente estoicismo, estaba dotado de un talento tan perspicaz como fatal, vió con siniestra alegría el giro que tomaba el carácter de Alicia, en tanto que su madre, para la cual había empezado un martirio más doloroso que todos los que había sufrido, lloraba desconsoladamente.

No obstante, Alicia sentía por su madre una afección extraña, y enteramente opuesta á los sentimientos que abrigaba hácia todos los demás. Era una mezcla de amor, de respeto, de ternura y de conmiseración, que hacía que la pre-

firiese á todas las cosas de la tierra que ella conocia.

Complaciase la niña en que la adornase Jenny con esplendidez, y la antigua nodriza aglomeraba sobre aquel cuerpo infantil el raso, el terciopelo, las plumas y las joyas, con tanta profusion como amaneramiento. Mister Wilsson no oponia dique á los costosos caprichos de su hija: amábala á su modo, todo cuanto era capaz de amar, y su riqueza habia crecido de tal suerte, que los cinco ó seis mil duros que gastaba cada año en el carruaje, servidumbre y trajes de Alicia, causaban en sus gavetas el mismo efecto que causaria en el mar, el tomar de su parte más honda, un vaso de agua.

En cuanto á la niña, pedíale continuamente dinero, que él no le negaba jamás. Poseia Alicia un talento tan sobresaliente y tanta aptitud para toda clase de estudios, que nada habia que se le resistiese; y cada vez que admiraba con sus adelantos á alguno de sus maestros, le obligaba á que fuese á participarlo á su padre, á quien sacaba en recompensa algunas guineas.

Sin embargo, Alicia no empleaba jamás un ochavo en caprichos; sobria por naturaleza, austera, grave, como verdadera inglesa, apénas comia; no era golosa, ni antojadiza, y sólo manifestaba un excesivo amor al fausto y á la ostentacion. Todo el dinero que su padre le daba lo llevaba á su madre, que lo recibia con una melancólica sonrisa

de satisfaccion. Alicia cumplia, sin saberlo, uno de los más ardorosos deseos de su padre: fuese herencia de los instintos paternos, fuese costumbre de ver en el dinero lo mejor de la tierra, ella le miraba como un talisman al que nada se resistia, y como el manantial de todas las felicidades. Creia, pues, que no podia llevar á su madre otra cosa de más valor que dinero, y cada domingo le entregaba un bolsillo de seda carmesí, lleno de oro, que Rafaela desocupaba en uno de los cajones de su *secretaire*.

¿Por qué recibia con sonrisa los donativos de su hija, aquella mujer tan noble, tan desinteresada, tan poco materialista? ¿Era por vivir con más lujo?

Ella no habia abandonado la modesta sencillez de sus trajes.

¿Era para gozar de más comodidades? En su cuarto se veia la misma sillería de lana, y los antiguos muebles de caoba; y á no ser lo que gastaba en útiles para algun trabajo destinado á su hija, en algunas limosnas y en comprar algunas flores, no sacaba una moneda de aquel cajon que Alicia habia ido llenando poco á poco de oro con su donativo semanal.

Rafaela guardaba aquel dinero cuidadosamente, porque recordaba que ella tambien habia sido rica y que, por su pobreza, se habia visto obligada á casarse con un hombre á quien no amaba y que la habia hecho completamente infeliz.

—¡No! pensaba cada vez que habría el cajen en que guardaba el dinero, ¡no te verás tú condenada, pobre hija mía, á la suerte de tu madre! ¡este dinero es tuyo y yo te lo guardaré! ¿Quién sabe si será algun dia tu único recurso? ¿Quién sabe si toda tu inmensa riqueza desaparecerá mañana envuelta en las tormentas de la desgracia? ¿Quién sabe lo que el cielo te tiene reservado? ¡Sea cualquiera la suerte que te aguarde, tu madre vela por tí!

—¡Mamá, mamá! dijo un domingo Alicia, entrando en la habitacion de su madre, ¡ya tengo otros dos maestros!

Al pronunciar estas palabras, una alegría indescriptible brillaba en su hermoso rostro; cuyas facciones tenian el corte severo y puro de un busto romano.

¿Y eso te alegra hija mía? repuso Rafaela trayendo hácia sí á la niña y sentándola sobre su regazo.

—¿Qué si me alegra? ¿Dónde hay una dicha más grande que la de saber mucho para no necesitar de nadie?

Rafaela contempló á su hija con suma tristeza durante algunos instantes.

—Tal vez sea cierto, hija mía; pero dime, ¿qué van á enseñarte tus nuevos maestros?

—El español y el francés.

—¿Y seguirás con todos los que tenias ántes?

—Sí: con todos.

—¿De modo que ahora aprendes?...

—Música, dibujo, baile, italiano, francés, español, historia, geografía, blason y aritmética, contestó apresuradamente Alicia, llena de vanidad.

—Temo, hija mía, que tantos estudios te dañen; ¡no tienes más que ocho años!

—¿Dañarme, mamá? no lo creas, ¡lo que yo deseo es saber mucho.

—¿Quizá te convenga eso! murmuró Rafaela, ¡por saber tan poco ha sido bien desgraciada tu pobre madre!

Volvióse Alicia rápidamente al oír las palabras de Rafaela, y dirigiéndose á mistress Beld, le dijo con imperio:

—Vete.

—El señor me lo tiene prohibido, miss, respondió la antigua nodriza.

—¡Vete! repitió Alicia, hiriendo el suelo con su pequeño pie; y ten entendido que desde hoy, cuando venga á ver á mamá, quiero estar sola con ella.

—Tendré, pues, que avisar al señor de la nueva orden de miss Alicia, dijo la pobre mujer caminando intimada hácia la puerta.

—No hay necesidad; repuso la niña; yo diré hoy á mi papá, que si no me deja estar sola con...

mamá media hora cada día, y una los domingos, me negaré á aprender todo lo que se me enseñe.

Jenny salió cerrando la puerta, y Alicia dijo tomando las manos de su madre:

—No quiero que Jenny oiga ya lo que hablemos; ya soy grande, mamá, y deseo ser tu amiga.

Rafacla miró sorprendida á su hija, dudando de que fuese una niña de ocho años la que le hablaba así.

—Oye, mamá, continuó Alicia: papá me dice algunas veces:—„No quiero que veas con frecuencia á tu madre; es una ignorante que echará á perder tu educacion; no sabe nada, y nada ha sabido jamás; por cuya razon he tenido que hacer con ella lo que se hace con los muebles inútiles, que se encierran en los desvanes ó bohardillas.“

Pues bien, mamá prosiguió la niña; yo quiero saber mucho, muchísimo y así cuando sea grande, me separaré de papá, me iré á mi casa y te llevaré conmigo; yo manejaré todos los negocios, y tú pasarás el día en leer y en tocar el piano, que tanto te gusta.

—¡Ah, hija mia! ¿qué dices? ¿Será posible que no ames á tu padre? exclamó Rafacla con terror.

—Yo le amo, sí, mamá, pero no como á tí; su cara, adusta y amarilla, me entristece, en tanto que tu cara de ángel me pone el corazón así. . . . tan alegre. . . . !Mira!

Y Alicia colocó la pequeña mano de su madre en su seno, que latía apresurado.

—Hoy, continuó la niña, quien, por estar callada todo el día, tenía muchos deseos de hablar, hoy me acordé de que era tu sauto; y dije á papá que queria comer contigo; él no se acordaba de que era tal día y me respondió:

—No quiero comer sin tí; además, la comida de tu madre te hara daño.

¿Por qué? le pregunté.

—No come más que legumbres y frutas.

—¿Por qué no le llevan otros platos?

Nunca los pide.

Entonces mamá, me levanté llena de ira, tiré de la campanilla y vino el ayuda de cámara de papá.

Dile al repostero que venga, le ordené.

Cuando apareció éste puse muy mala cara, y le dije:

Envia hoy para la mesa de mi madre seis platos variados, dulces, pastas y vinos extranjeros, y desde mañana cuidarás de que sea servida con seis platos distintos, procurando tú repetir n. as aquellos que yo te diga son de su gusto.

El repostero miró á mi padre.

—He advertido muchas veces ya que mi hija sea obedecida en todo, dijo con mal humor.

—¡Córo, papá! exclamé yo volviendome hácia él, cuando el repostero hubo salido: ¿es posible que tú y yo tengamos una mesa de grandes

señores, y que mi madre coma peor que los criados!

—Nunca ha comido de otro modo, respondió: su fortuna ha sido muy mediana.

—Pero yo soy muy rica, según dices, y desde hoy quiero que mi madre sea tratada como debe serlo.

Papá no respondió, pues le conocido que me teme algunas veces: es claro, todos los malos temen á los buenos, y yo soy buena, ¿es verdad?

—Sí hija mía, pero tu padre lo es también.

—¿Mi padre bueno! Mas dejemos esto, que el señor cura me manda que le respete y le quiera: en fin, mamá, yo me senté á la mesa y no probé nada y guardé el apetito para comer contigo.

Alicia, dichas estas palabras se asomó á la ventana, y llamó:

—¡Mary!

—Aquí estoy, miss, respondió la muchacha desde el patio.

—Dí que nos sirvan, y sube eso.

Alicia fué en seguida á la puerta y esperó.

Un instante despues tomó de manos de Mary un magnífico ramo de rosas y de jazmines, y volvió al lado de su madre.

—Toma, mamá, dijo: anoche en el teatro pedí á milord Strafard flores de su estufa y te he hecho yo misma este ramo.

Rafaela tomó las flores y vió que estaban liadas con un soberbio collar de diamantes.

Esa sarta me la envió hace tres dias lady Sumerhill, dijo Alicia, por una flor que le dibujé para que la bordasen en un pañuelo, y te la he guardado á tí: ¡ah, se me olvidaba! papá me ha mandado que te dé esta cartera, que dice era de tu padre, y que nó se ha acordado de entregarte.

Rafaela tomó con afán aquella reliquia: era de piel, y sólo encontró en su fondo una carta cerrada, cuyo sobre decía:

“A mi hija”

Abrióla, y encontró dentro otra, cerrada también, y en cuyo sobre escrito se leía:

“Para el doctor Simpson”

Rafaela leyó con ansia la que le estaba dirigida. Decía así:

“Voy á morir hija mía, y te dejo sola y casi abandonada en Londres; pero debe habitar dentro de sus muros un hombre generoso, á quien he buscado en vano desde tu casamiento, y no me ha sido posible encontrar.

“Búscale tú; y al instante que le encuentres, entégale la carta adjunta y él te protegerá.

“Adios, hija mía, muere bendiciéndote tu padre.

—¡Un criado! ¡Que venga un criado, al instante! exclamó Rafaela, no bien hubo leído la carta de su padre.

Alicia iba á salir, pero su madre pareció herida de una súbita reflexion, y la detuvo.

—¡No! dijo, ¡no! ahora no soy desdichada. . . . tengo á mi hija. . . . ¡para qué pedir proteccion? Guardemos este último recurso por si algun dia quisieren arrebatarme á mi Alicia! ¡Oh! ¡hija mia! prosiguió abrazando á la niña; hija mia, cuanto te debo! Tu enérgica ternura ha conmovido el corazon de tu padre, hasta el extremo de hacerle darme ese tesoro, que él, en días más aciagos, pensaria arrebatarme.

—¡Mamá, no llores! mira que ya suben los criados á servirnos dijo Alicia, enjugando con su pañuelo las lágrimas que bañaban el semblante de su madre; vamos, mamá, ámate por mí! ¡Comerémos mucho, y luego tocaré todo lo que sé nuevo en tu piano!

Alicia no hera golosa ni aficionada á la música; pero deseaba consolar á su madre, y distraerla de los tristes recuerdos que parecian atormentarla.

Poco á poco se fué calmando Rafaela: aquella comida, la primera que hacia en compañía de su hija desde los tiempos de su feliz estancia en el castillo de Simpson, tenia para ella un encanto indecible: despidió á todos los criados, y ordenó á Mary que ella solamente quedase por

si algo se les ocurria.

Despues de la comida, Alicia desató del ramillete el cordon de diamantes y le puso en el cuello de su madre.

—¡Oh, qué hermosa estás así, mamá! exclamó: jamás he visto una mujer que te se iguale; cuando voy al teatro ó á paseo á Hyde-Park (*), papá me dice algunas veces:

—Mira que hermosa es lady Williams, ó lady Stevart, ó lady Sianhope.

Pero yo le contesto siempre:

—Mucho más hermosa es mi madre.

Rafaela besó á su hija en la frente, y ésta continuó.

—Tú te pareces á esos ángeles que sostienen el altar mayor de la iglesia donde vamos á rezar, y si cuando me duele la cabeza, te viera sonreír, creo que me curaria.

Jenny dió fin á este dulce coloquio viniendo á buscar á Alicia. Rafaela le puso en la mano dos guineas, como regalo del dia de su santo ángel patrono, y la pobre mujer salió llevando á Alicia de la mano, y enjugándose los ojos, llenos de lágrimas de enternecimiento y de gratitud.

(*) Paseo de la buena sociedad inglesa, así como el bosque Bolonia lo es de la de Paris.